

ANTÉNOR FIRMIN Y LOS ESTADOS UNIDOS: PLUS ÇA CHANGE, PLUS C'EST LA MÊME CHOSE

Léon-François Hoffmann

[Firmin] encarnaba el alma nacional. Sin embargo [...] parecería que este espíritu de sacrificio, de abnegación, de probidad, de trabajo arduo y constante fue inaccesible a [...] cierta clase de la sociedad burguesa que buscaba un líder, únicamente para continuar disfrutando, explotando esta masa; [...] Y fue el "pueblo" el que, hasta el final, conservó la fe. Fue el pueblo el que instintivamente comprendía que el Mesías, su Mesías era él.¹



comienzos del siglo veinte, el novelista haitiano Fernand Hibbert caracterizó la historia de su país como "opereta sangrienta". Nadie, hoy en día, se atrevería a predecir lo que el futuro le tiene deparado a la república negra, pero es indiscutible que ya no resulta apropiado hablar de opereta, sino de tragedia. De todos modos, cualquiera sea la naturaleza del espectáculo que se va a desarrollar en Haití, los Estados Unidos inevitablemente continuarán jugando un rol de primera importancia.

Puesto que quienes olvidan la historia están condenados a revivirla, no carece de interés dar una rápida ojeada a la ideología de Anténor Firmin —el amigo de los líderes nacionalistas antillanos José Martí y Ramón Emeterio Betances— que ha dejado a sus compatriotas el

¹ Jean-Baptiste Cinéas, *Le Choc en retour*. Port-au-Prince: Henri Deschamps, 1948, pp. 213-214.

recuerdo de un demócrata progresista.² Sus escritos son aun más pertinentes puesto que incluyen una obra publicada en 1905 cuyo título es: *Monsieur Roosevelt, président des États-Unis et la République d'Haïti*.

Anténor Firmin nació en Cap-Haïtien en 1850. A pesar de provenir de una familia pobre, logró realizar excelentes estudios, ingresó al campo de la educación y, luego de haberse registrado como abogado, se lanzó a la política. Aunque negro, optó por el partido *Libéral*, el de la élite mulata que abogaba por el gobierno "de los más capaces" y un poder legislativo fuerte, mientras los políticos en su mayoría negros del partido *National* reclamaban el gobierno "de la mayoría" y un ejecutivo fuerte. En *Monsieur Roosevelt*, Firmin acusa a sus adversarios políticos de ambicionar el poder por todos los medios, sin vacilar en inflamar cínicamente el eterno problema haitiano del antagonismo de razas para servir a sus intereses. Esta misma acusación será utilizada el siglo siguiente, con mayor o menor justificación, inicialmente contra el presidente mulato Élie Lescot (1941-1946), y luego contra los presidentes negros Dumarsais Estimé (1946-1950) y François Duvalier (1957-1971).

Para refutar las teorías racistas expuestas por Arthur Gobineau en su *Essai sur l'inégalité des races humaines*, Firmin publicó en París una extensa obra titulada *De l'égalité des races humaines* (1885). El libro dio a conocer a su autor en los medios intelectuales franceses y le aseguró un inmenso prestigio en su patria. El presidente Florvil Hypolite (1889-1896) lo nombró ministro de Comercio, y luego de Relaciones Exteriores. Puesto que Firmin había demostrado ser un ministro de Comercio competente e íntegro, pronto se le obligó a renunciar. Antes de dimitir también del ministerio de Relaciones Exteriores en 1891, logró impedir que los Estados Unidos adquirieran el Môle Saint-Nicolas, una bahía situada estratégicamente en la costa norte, ambicionada por los representantes de los Estados Unidos en Puerto Príncipe, el almirante Gerhardi y Frederick Douglass, a nombre de la Marina norteamericana que quería construir una base naval en ese lugar. Desalentada por las tergiversaciones haitianas, la Marina

² Acerca de la vida de Anténor Firmin se puede consultar: Georges J. Benjamin, *La diplomatie d'Anténor Firmin*. Paris: Pedone, 1960; Jean Price-Mars, *Anténor Firmin par lui-même*. Port-au-Prince: Imp. du Séminaire adventiste, s.f. [1964]; y Pradel Pompilus, *Anténor Firmin par lui-même*. Port-au-Prince, Pegasus, 1990.

estadounidense resolvió abandonar la empresa y se instaló, unos años más tarde, en Guantánamo, ubicada en la vecina isla de Cuba.

El haber defendido victoriosamente la integridad territorial de la República hizo a Firmin inmensamente popular y, como se dice en Haití, altamente *présidentiable*. El presidente Simon Sam (1896-1902) lo llamó a encabezar el Ministerio de Finanzas cinco años más tarde, pero el carácter orgulloso de Firmin despertó la hostilidad del Senado (la falta de flexibilidad es arriesgada para cualquiera que se proclame respetuoso de las formas democráticas burguesas, como el presidente Aristide lo ha aprendido a sus propias expensas justo antes del golpe de estado militar que lo obligó a partir al exilio en 1991); Firmin fue nuevamente obligado a renunciar y partió para Francia. En 1902, al ser derrocado Sam, Firmin volvió al país y emprendió vigorosamente su campaña por la presidencia. Su aliado principal era el viejo general Nord Alexis quien, tras ejecutar maniobras de un maquiavelismo propio de la política haitiana, se volvió en su contra, le obligó a huir de la capital y se apoderó él mismo de la presidencia. Con sus partidarios de la provincia, Firmin intentó derrocar a Alexis por las armas, pero fue derrotado y forzado a refugiarse en la isla danesa de Saint-Thomas. Sus camaradas en el exilio planearon invadir Haití bajo su mando para expulsar a Alexis de la presidencia. Aunque las autoridades de los Estados Unidos confiscaron las armas que los firministas habían comprado para llevar a cabo la invasión, estos últimos persistieron, desembarcaron en 1908, y fueron rápidamente diezmados (exactamente la misma situación se repetirá en diversas ocasiones con los opositores de Duvalier refugiados en los Estados Unidos). Anténor Firmin, como posteriormente Jean-Bertrand Aristide, salvó su vida *in extremis* gracias a la intervención enérgica del embajador de Francia. Volvió a Saint-Thomas, pero este fue el fin de su vida política. Inquietos ante su popularidad, los presidentes que siguieron a Nord Alexis lo mantuvieron a distancia en las embajadas de Londres, y luego de París. Firmin no obtuvo siquiera permiso para regresar a su patria, y murió en Saint-Thomas en 1911. Según Castera Delienne, sus cualidades de espíritu y sus defectos de carácter contribuyeron a hacer de Firmin "el haitiano más menospreciado, el más odiado, el más admirado, el más amado" de su tiempo.³

³ Castera Delienne, *Souvenirs d'épopée*. Port-au-Prince: Imp. de l'État, 1935, p. 96.

Compuesto en el exilio, *Monsieur Roosevelt* apareció en 1905 en una coedición franco-americana de F. Pichon en París y Hamilton Bank Note en Nueva York. Esta obra de 502 páginas en octavo está dividida en dos partes de aproximadamente la misma extensión. La primera es una historia de los Estados Unidos desde los orígenes hasta la presidencia de Theodore Roosevelt, la segunda es una historia de Haití desde los orígenes hasta la presidencia de Nord Alexis. Como era de esperar de parte de un devoto del positivismo comtiano, el texto es claro, preciso y elegante en su conjunto. Firmin traduce y cita largos extractos de artículos de prensa y de discursos políticos norteamericanos, del *Congressional Record*, de documentos haitianos y de sus archivos personales. La obra nunca ha sido traducida al inglés, ni tampoco reeditada.⁴ Ignoro tanto la cifra de su tiraje, como quién cubrió los gastos de publicación; los lectores a los que se dirigía seguramente no eran norteamericanos y probablemente tampoco franceses. Sin duda fue en Haití donde se vendió la mayoría de los ejemplares.

Los haitianos de principios de siglo, educados en un sistema calco del francés, leyendo únicamente obras francesas, mantenidos al corriente de la actualidad internacional exclusivamente por la prensa francesa, estaban muy bien informados en todo lo que tocaba a la metrópoli espiritual, no sólo en materia literaria sino también en historia y vida política. Sobre los tan cercanos Estados Unidos, por el contrario, no tenían más que nociones muy vagas. Por ello, Firmin afirma haber compuesto *Monsieur Roosevelt* para la edificación de sus compatriotas ya que “los Estados Unidos han adquirido una preponderancia casi indiscutida en los asuntos internacionales de las dos Américas” (p. 480), lo que hace que “los destinos [de Haití] dependan —hasta cierto punto— de las disposiciones de la política norteamericana” (p. 285). Su intención expresa no es sólo educar a sus compatriotas, sino también explicar por qué la primera nación independiente del Nuevo Mundo siempre había progresado, mientras que, después de 1804, la segunda se sumía cada vez más profundamente en la decadencia. Firmin quería hacer comprender “cómo un pueblo se hace digno de la libertad y la igualdad, al poner una energía constante en ello [...] bajo el imperio de una razón ilustrada”

⁴ Es pues a las páginas de esta única edición que aludirán todas mis referencias.

(p. v). La lección implícita era que los haitianos harían bien en seguir el ejemplo de su vecinos del norte. A sus adversarios “*noiristes*” que lo acusaban de admirar a un país donde sus congéneres eran víctimas de una discriminación racial feroz, Firmin, confiando en la perfectibilidad de la humanidad, replica con un hermoso optimismo: “¡Pero tranquilicémosnos! El siglo XX no va a terminar sin que la *Negro Question*⁵ quede resuelta en el sentido de la justicia y la verdad por uno de esos movimientos de súbita generosidad de los cuales la patria de Lincoln ha dado tantos ejemplos” (p. 131).

Firmin admiraba el *fair-play* anglo-sajón que caracteriza los hábitos políticos norteamericanos: “...desde los inicios, los hombres públicos habían practicado, en los Estados Unidos, las reglas de moderación y los comportamientos que impedían que el reemplazo de un partido por otro en la dirección de los asuntos públicos fuera una suerte de revolución” (p. 126). También admiraba el hecho de que, en materia de política exterior, el interés de los partidos estuviera subordinado al interés nacional, y advertía a sus compatriotas que sería un error esperar “que una administración gubernamental de los Estados Unidos tomara más o menos acciones, o hiciera más o menos concesiones, según que los demócratas o el partido contrario estén en el poder” (p. 130). La advertencia habría beneficiado a un buen número de haitianos de hoy que esperaban más comprensión y generosidad de Clinton que de su predecesor.

Acerca del desarrollo económico, Firmin parece haber previsto y deseado la participación de los Estados Unidos en el establecimiento de talleres de montaje en Haití: “Si llegaran los capitales americanos [para crear] las pequeñas industrias compatibles con nuestra actividad económica todavía rudimentaria, pero necesarios para el desarrollo normal de nuestras poblaciones urbanas, ¿quién se quejará?” (p. 483-484), pregunta.

Firmin defendía la doctrina Monroe tal como la había interpretado Theodore Roosevelt. Este había asegurado que su país no tenía ninguna ambición territorial más allá de los límites del continente y que se oponía a la ingerencia europea en el Nuevo Mundo, particularmente en la región del Caribe. Pero los Estados Unidos, dentro de esa óptica, se reservaban el derecho de intervención en cualquier país de

⁵ En inglés en el original.

Latinoamérica donde el desorden acarrese la intervención de una potencia europea (bajo el pretexto de proteger sus intereses comerciales nacionales, por ejemplo), o incluso si el país simplemente estaba siendo gobernado de un modo que Washington juzgara poco transparente o contrario a los principios democráticos. Con este objeto Roosevelt proclamaba la necesidad de una fuerza de policía internacional. Firmin, del mismo modo que algunos haitianos de hoy, era favorable a estas medidas.

Sin embargo, la aprensión de los haitianos frente a la “República estrellada” era comprensible después de la anexión de las Filipinas en 1898, la ocupación de Puerto Rico y la imposición de un protectorado de facto sobre la joven república cubana en 1902, la toma de control por la fuerza de la administración de aduanas de la República Dominicana en 1903, y la revolución teleguiada por el Departamento de Estado el mismo año que arrancó a Panamá de Colombia para que los estadounidenses pudieran construir y controlar el canal. Frédéric Marcelin, famoso novelista quien también ocupó el Ministerio de Finanzas (y no dejó una reputación de perfecta honestidad) puso a sus compatriotas en guardia:

Pero pobre pueblo haitiano, pobres pequeños Negros ingenuos que somos, ¿qué será de nosotros en diez años [...] ? Nuestros formidables vecinos tienen apetito y buen apetito [...] ¿Quién sabe si no han encontrado el momento conveniente para lanzar el águila? [...] Tanto peor para ti, si tu Presidente, tus ministros, tus Cámaras se transforman en vasallos muy humildes, ita como lo requiere el decoro del honorable representante general de los Estados Unidos!⁶

Firmin, por el contrario, se mantenía sereno. Cuando afirmaba que la dominación norteamericana era preferible para las Filipinas a una independencia formal que habría permitido a la “oligarquía nacional” perpetuar sus fechorías, él pensaba probablemente en sus propios enemigos políticos. Cuando denunciaba “los usufructuarios calificados y patentados de una independencia mal utilizada [que hacen de la pérdida de esta independencia] un espantapájaros dirigido contra todas las reivindicaciones de la justicia y de la libertad...” (p. 192), se diría que predecía los siniestros *ex-macoutes* que hoy militan en el

⁶ Frédéric Marcelin, *Bric-à-brac*. Paris: Imp. Kugelmann, 1910, pp. 90-91.

FRAPH. Acerca de Panamá y su canal, se abstuvo de todo comentario.

Es difícil precisar si la admiración de Firmin hacia Roosevelt y su política era sincera, o si la publicación del libro fue una maniobra oportunista para asegurarse el apoyo del presidente norteamericano en sus proyectos de desembarco y sus propias aspiraciones a la presidencia. Probablemente algo había de las dos razones. Sea como sea, al menos en esta ocasión Firmin demostró ser un mal profeta. Había ridiculizado a aquellos que temían una intervención armada de los norteamericanos en Haití: "Que Haití esté decidida a combatir, hasta el último aliento del último ciudadano, para conservar su independencia, nadie lo pone en duda. [...] El invasor, luego de todos los horrores de una guerra salvaje, no tendría para sostenerse sino las ruinas amontonadas sobre el campo de sus conquistas estériles. Para que un pueblo tan práctico como los Estados Unidos acepte lanzarse a tal aventura, necesitaría tener por móvil un interés tan importante, tan poderoso que sobrepasara todas las reflexiones y consideraciones. No veo cómo se podría establecer tal presunción" (p. 480 y 476).

Ningún presidente de los Estados Unidos, asegura Firmin, sería tan temerario como para empantanar a su país en una empresa tan peligrosa y tan poco provechosa. Uno se pregunta si el círculo del presidente Clinton había leído a Firmin antes de aconsejarle el uso de la fuerza para derrocar al coronel Raoul Cédras y sus truhanes. En todo caso, en 1917 los "marines" desembarcaron. Marcelin tenía razón.

La ideología de Firmin era la de la mayoría de los haitianos de buena voluntad. Es difícil criticar los principios que él defendía: devolver los militares a sus cuarteles y confiar el gobierno a civiles competentes; llevar a cabo elecciones (en las cuales se sobrentendía que sólo la "gente decente" participaría, puesto que los pobres diablos de los campesinos eran demasiado ignorantes y subdesarrollados para ejercer el voto); estimular el espíritu cívico, de modo que los derrotados formen una oposición leal en lugar de una camarilla de conspiradores; imponer la honestidad en todas las ramas de la administración, para que los impuestos del Estado no desaparezcan en los bolsillos de los particulares; estimular la industria y el comercio; emprender grandes obras de infraestructura; educar a las masas esparciendo las escuelas primarias en el campo. No cabe dudar de la sinceridad de Firmin, pero es necesario constatar que estos son los mismos deseos

piadosos que los políticos haitianos proclaman y han proclamado siempre, sin tomar en cuenta el modo práctico de llevar a cabo este espléndido programa. La tendencia de Firmin a actuar como si bastara con enunciar los principios sin preocuparse de las medidas a tomar ha sido siempre la de los intelectuales haitianos y ha asegurado siempre su impotencia. Fue Jean Price-Mars quien constató, y precisamente en el libro que dedicó a Firmin, “esta propensión casi patológica que nos coloca en el verbalismo vacío y sonoro en el que nos deleitamos con grandes palabras como si las palabras que gritamos a los cuatro vientos se hubieran convertido en el cumplimiento de actos auténticos de los cuales debiéramos alabarnos”.⁷

Firmin murió en la amargura y la desilusión. En la última página de la última obra que publicó, *L'Effort dans le mal*, aseguraba estar persuadido de que: “... en el siglo XX y en el hemisferio Occidental, ningún pueblo podrá vivir indefinidamente bajo tiranía, en la injusticia, la ignorancia y la miseria”.⁸ ¿Quería decir que la revolución era tarde o temprano inevitable, o bien que los haitianos estaban en peligro de desaparecer como pueblo? La elección de Jean-Bertrand Aristide parecería confirmar la primera hipótesis. Los acontecimientos que le han sucedido confirman que la segunda no era en todo caso una exageración retórica. En la última página de la monografía que Pradel Pompilius dedica a Anténor Firmin, plantea la misma pregunta que su autor hubiera formulado, y con la misma angustia:

Nuestra sociedad, presa de su propia destrucción, ¿sabrá reencontrar la lucidez y la energía que le son indispensables para poder manejar su inmensa desgracia, [...] sin la intervención humillante de una potencia extranjera? O ¿verá el siglo XXI una nación haitiana hecha pedazos, uno de los cuales se irá disolviendo involuntariamente en otras naciones, principalmente la norteamericana y la québécoise, mientras que el otro se irá consumiendo de miserias, maltratos y desesperanza, en un ambiente cada vez más contaminado, sobre una tierra cada vez más erosionada, cada vez más estrecha, y en la que nuestros hijos, para sobrevivir, se verán reducidos a vender, parcela por parcela, a los intereses estratégicos o de tránsito comercial?⁹

⁷ Jean Price-Mars, *op. cit.*, 1964, p. 52.

⁸ Anténor Firmin, *L'Effort dans le mal*. Port-au-Prince: Imp. de Chauvet, 1911, p. 34.

⁹ Pradel Pompilius, *op. cit.*, p. 115.